

concluiría el trabajo que se había encargado á mi solitud; porque en la lucha entre la vida y la muerte nada elegí, ni pedí nada, sino que quise se cumpliesen los designios de Dios. « No podeis con vuestros pensamientos añadir ni un codo á vuestra estatura (1), » es la filosofía que me dirige y « pon en Dios tus cuidados, seguro que te sostendrá » la regla primera de los movimientos de mi alma. Yo estuve mejor despues de algunos dias, la naturaleza venció á la enfermedad y tengo para mí que solo un particular beneficio de la Providencia pudo salvarme de aquel peligro, pues que entre los arbitrios humanos para conservar la vida, ninguno se aplicó que pudiese producir un efecto semejante.

En una poblacion como Prado, que cuenta un número no pequeño de habitantes, los vecinos que la forman no tienen ningun otro recurso para su instruccion religiosa que un párroco que servia varios anejos dependientes de su curato y que corria de uno á otro constantemente para poder atender á lo mas urgente de cada uno. Cada pueblo del Magdalena presenta á este respecto la misma fisonomía. ¿Por qué los hombres que tantas teorías han enseñado, deslumbrando la credulidad de los incautos, por qué, decimos, no han puesto en práctica algun proyecto útil en beneficio de esos pueblos donde hoy reinan la ignorancia y la barbarie? Despues de tantos programas liberales que han publicado, veamos el fruto de alguno de esos multiplicados elementos de felicidad pública como en ellos se consignan.

(1) Mateo, cap. vi.

### CAPÍTULO XIII

La villa de Purificacion. — Una tragedia. — Campos tristísimos. — Reflexiones que agravaban mi mal estado. — Rio Tequendama. — Tocaima. — Las fiestas de San Jacinto. — Abusos. — Impresiones tristes en Anapoima. — La mesa de Juan Diaz. — Accesos dolorosos de la fiebre en Socha. — Las llanuras de Bogotá. — Pueblos pintorescos. — La capital.

Atras dejaba á Prado, y el rio Purificacion con sus aguas cristalinas y sus verdes bosques de tamarindos y naranjos templaba los ardores de ese sol abrasador que vivifica las vastas regiones que comprenden los Estados del Magdalena. La villa de Purificacion se me presentó con su viejo templo parroquial, construido en una altura á manera de aquellos viejos castillos que como restos de la edad média se ven todavía entre las selvas de Moravia y en los montuosos valles de Bohemia. Uno que otro edificio, al parecer de la misma época que el templo, me permitian ver en Purificacion la fisonomía original de esos pueblos que fundaba el atrevido conquistador cuando se abria paso con su espada por entre los bosques de la América.

La casualidad de haberme acercado á una casa para

descansar un momento al mediodía, me hizo ver una de esas desgracias que á menudo suceden sin preverse y ni aun siquiera imaginarse. En las provincias del Magdalena abundan los pequeños reptiles que llaman salamanquejas, cuya mordedura introduce en el cuerpo del que la sufre una cantidad de veneno suficiente para quitar la vida. Tres personas del distrito de Purificacion salieron juntas á la misa parroquial y á su regreso se detuvieron á beber en casa de una de ellas. Apénas habian tomado cierta cantidad de licor, cuando todas á un tiempo se sintieron acometidas de dolores violentos en el estómago que les hizo sucumbir á las pocas horas. El juez del lugar, trasladándose á la casa donde sucedia esta tragedia, examinó los cadáveres y el licor bebido, encontrando en el fondo de la vasija que contenia este, dos salamanquejas ahogadas. La vasija habia estado descubierta por descuido desde algunos dias, y aquellos reptiles habian caido del techo y ahogádose en el licor que causó la muerte de aquellos infelices. Este suceso doloroso que tenia lugar á la entrada del territorio mas ardiente y malsano, de cuantos tenia que transitar por entónces, ponía delante de mis ojos la perspectiva de la muerte, pero de la muerte con todos esos horrores que la acompañan en casos extraordinarios como aquel. Luego atravesé, en efecto, campos tristísimos por el espectáculo que me ofrecian las sepulturas de los viajeros que veía á un lado y otro del camino. El sol abrasador, las aguas insalubres y el uso immoderado de un licor fuerte á que dan el nombre de *guarapo*, arrebató allí la vida á un número crecido de individuos, pero de un

modo tan violento que mueren por lo comun en el lugar mismo donde les acomete el mal. ¡Oh! ¡cuántas ideas me inspiraba oír decir al buen hombre que nos servia de guia : « Allí está enterrado N., allá está N. que enfermó allí y murió dos horas despues!... Cada tumba tiene una cruz y algunas piedras que la cubren. ¡Cuántas reflexiones excitan en el ánimo del viajero todas esas tumbas abiertas al pié de los tamarindos y palmeras!

Empero, existia un motivo para que esa impresion natural que causan las tumbas donde descansan los difuntos, fuese en mí mas dolorosa y profunda. Yo acababa de encontrarme á los bordes del sepulcro, estaba aun convaleciente de la fiebre bajo cuyo poder tantas victimas sucumben, y la debilidad, efecto de las pasadas dolencias, me pintaba con colores siniestros cuantos objetos encontraba en esos valles melancólicos. De estas reflexiones me sacó el hermoso rio Tequendama que, despues de formar la cascada mas famosa de cuantas se ven en la América española, corre por valles profundos y con el nombre de rio Tocaima ó San Jacinto confunde sus aguas con las del Magdalena. El pequeño pueblo de Tocaima, ameno y pintoresco, situado sobre la ribera, estaba entregado al regocijo que inspiran en todas partes las fiestas populares; él celebraba la de San Jacinto, su patron principal, y gentes venidas de los lugares mas distantes de la provincia, de Ambalema, de Honda, de la Mesa y de Bogotá mismo le daban un aspecto sumamente animado. Todo ese gentío reunido allí no piensa durante ocho dias en otra cosa que en divertirse, en buscar placeres, y esto muchas veces

aun cuando sea arruinando su fortuna ó su salud. Yo atravesé la plaza en ocasion en que el pueblo se precipitaba hácia un circo. ¿Y para qué? para ver un hombre bandeado por las hastas de un toro con quien lidió! No sé qué diversion puedan encontrar algunos en tales espectáculos que nos hacen recordar los tiempos paganos y presenciari en pueblos cristianos las sangrientas escenas de los circos de la antigua Roma, de Esmirna y Tesalónica. Un hombre que lucha con las fieras, por diestro y valeroso que se crea, pone su vida en inminente riesgo y quebranta uno de los preceptos mas sagrados de la ley natural que le manda la propia conservacion. Mas los que concurren para autorizar tan repugnantes espectáculos, aquellos que los celebran como podrian hacerlo con cualquiera otro acto donde nada hubiese de repugnante, no tan solo dan pábulo á tan bárbara costumbre, sino que con sus aplausos excitan el amor propio de los primeros y los inducen en muchas ocasiones á servir de victimas sacrificadas al pasatiempo de los demas. Las leyes vigentes han puesto una barrera á estos abusos, y los hombres sensatos y humanitarios han protestado enérgicamente contra ese ultraje que se hace al ser racional igualándole á las bestias con quienes lucha cuerpo á cuerpo. Mas, á pesar de esto, en el Perú, en Méjico, en el Ecuador y en otros Estados de la América española prevalece aun sin que á la autoridad inquieten los mil inconvenientes que ofrece. No ha sucedido así en Europa. Una compañía de *lidiadores* llegó á Bruselas (1), y con gran pompa anunció sus

(1) Año de 1855

funciones. El pueblo, ansioso de ver un espectáculo nuevo en la capital de Bélgica, se agolpó al circo para presenciari la desigual batalla del racional con una fiera. Los golpes, los lances peligrosos y la sangre derramada hirieron de tal modo la sensibilidad de los belgas, que conmovidos y como á una abandonaron el circo, y unos pocos mas atrevidos, azuzando las pasiones de la plebe, hicieron conocer á los lidiadores el profundo desagrado que habia producido su funcion en el ánimo de todos, y recabaron de la autoridad que prohibiese se repitiesen otra vez. En un país civilizado no podia suceder en efecto de otro modo. Miétras tanto, en circunstancias como las de Tocaima, donde una solemnidad religiosa sirve de pretexto á tan repugnantes espectáculos, la verdadera funcion, el culto del santo patron, pasa desapercibida, y las virtudes esclarecidas del héroe bajo cuya proteccion vive el pueblo, ni son conocidas ni se publican á los concurrentes por quien debe hacerlo como el mejor blason de que se glorian los ciudadanos. ¿De qué modo contribuian al honor del inmortal polaco las bárbaras diversiones y los excesos de otra naturaleza á que se entregaba el pueblo de Tocaima durante los ocho dias que se decian consagrados al culto de san Jacinto? No somos intolerantes cuando levantamos de este modo nuestra voz; pedimos si decoro para la religion y dignidad para los hombres; condenamos los abusos y nadie habrá que abogue en favor de estos de buena fe. Huyendo de tales espectáculos continué mi marcha hácia la Mesa, pasando por pueblos que encontraba casi solitarios porque sus vecinos « se habian ido á las fiestas de Tocaima. » En Anapoima nin-

guna persona se veía : sus pequeños caseríos, su parroquia, sus tiendas de comercio, todo estaba cerrado, de suerte que la soledad unida á la fisonomía sombría de la población le daban un aspecto fúnebre; cualquiera le juzgaría un cementerio, ¡tan profundo era el silencio y la soledad que reinaban en su recinto! No sucede del mismo modo en el lugar llamado Mesa de Juan Diaz, donde un pueblo activo y laborioso ha conseguido hacer de ese punto uno de los mas importantes centros mercantiles de la república.

Las llanuras sobre las cuales fué fundada la capital de la república tienen su base en una sucesion de montañas á cuyo pié se encuentra la Mesa de Juan Diaz. Colocado en ellas, el viajero siente un cambio completo en la naturaleza que le circunda. El calor de la línea no le abrasa ya como en los valles del Magdalena, ni los animales feroces le intimidan como en los bosques de Neiva y de la Plata, ni tampoco los reptiles venenosos le inspiran justos recelos como en todas las regiones húmedas y calientes. La hermosísima campiña no está cubierta de cañas de azúcar, ni de los árboles que producen el cacao, sino de sementeras de trigo y de cebada, de pastos que alimentan rebaños numerosos y de huertos que la mano del hombre cultiva, recogiendo como recompensa de su trabajo los mas exquisitos frutos de los árboles europeos. Acá se ve un labrador aguijoneando sus bueyes que abren con el arado los surcos en que deposita la semilla que le promete cosecha abundantísima, allá un pastor que arrea su manada tocando una flauta que le divierte con sus sonidos armoniosos. Largas filas de bueyes, de mulas

y de asnos cruzan este camino trasportando á Bogotá todos los artículos de que necesita aquella ciudad populosa, y los moradores de tan deliciosa comarca van cubiertos de sus grandes ruanas tejidas en el país. Esta llanura no está expuesta á ninguno de esos dolorosos azotes que asolan los lugares bajos, mas la Providencia que compensa los bienes y los males en todas las tierras y bajo todos los climas del mundo, permite allí un mal de otra especie y que sienten principalmente los extranjeros al llegar, á saber, la suma rarefaccion del aire.

Algunos pueblos pintorescos contribuyen á dar hermosura á aquel paisaje; Facatativa, Aserradero y Fontivon con sus jardines y arboledas frondosas parecen tres grandes ramilletes colocados sobre la mesa de aquella magnífica sabana. El aspecto que ofrece la capital vista á cierta distancia es suntuoso : las calles que descienden desde la falda de los cerros y se extienden por los planos que les sirven de base; los altos campanarios que se elevan en el recinto de la población, y los templos de Guadalupe y Monserrate, fabricados en colinas mas elevadas que los demas edificios, le dan el aspecto de una ciudad fortificada. Los españoles que ordinariamente no eligieron los puntos mas ventajosos para erigir sus grandes capitales de América, no habrían podido encontrar ninguno mejor para Santa Fé de Bogotá que el que ocupa dominando las hermosísimas sabanas, abrigada de los fuertes vientos de Este por una alta cadena de montañas, y favorecida por la temperatura de una perpetua primavera.

Cuando visitaba yo por primera vez esta ciudad, frescos

estaban todavía los recuerdos del sitio que había sostenido encerrado en su recinto un jefe que se decia liberal y defensor de los principios liberales. Entónces sus rectas calles fueron atajadas con barricadas, sus mas bellos edificios designados para servir de fortalezas y sus pacíficos ciudadanos transformados en soldados para sostener con armas en mano una dictadura degradante impuesta á la nacion en nombre de la ley, de la justicia y de la libertad. Entónces los que en los clubs revolucionarios é impíos habian llevado hasta el *ultra* la exageracion de su liberalismo; los que del fondo de su corazon corrompido hicieron brotar palabras impías é insultantes para la fe, y los que se ofrecian para servir de verdugos de los sacerdotes de Dios que no rehusaban sacrificar su vida en defensa de la Iglesia, de sus derechos y de su decoro; esos mismos que llamaban á estos apoyo del despotismo y azote de las libertades populares, esos mismos, decimos, corrieron á las armas para mantener la dictadura de un déspota que invadia el poder y se ponía á la cabeza de la nacion con insulto de las leyes y oprobio de la nacion misma.

Si un acto semejante hubiese nacido del seno de esos hombres á quienes ordinariamente suele calificarse de partidarios del absolutismo y de la represion, habria sorprendido por cierto; pero á sus autores nadie con justicia pudiera acusar de inconsecuentes con sus principios. Mas no eran hombres de aquellas ideas los que entronizaban la dictadura en Bogotá; eran liberales, lo repetimos, eran los que prometian al pueblo toda clase de libertades y entre otras « reducir el número de las

leyes que deprimen el noble albedrío del hombre y menoscaban su voluntad para someterla á prescripciones injustas las unas y temerarias las otras. » ¡Estos eran los que no minoraban ya el número de las leyes ni las modificaban en beneficio de la libertad, sino que suspendian los efectos de todas y hacian á los ciudadanos el juguete de un mandon! La plumada del jefe militar que condenaba á estos á vivir sometidos á su capricho, les parecia mas republicano y mas democrático que cuantos códigos existen para hacer efectiva la libertad y verdaderas las garantías que el derecho asegura á los nacidos en una república soberana. ¡Cuántas inconsecuencias no se divisan en tal proceder! Si de propósito estudiasen ciertos hombres los medios para desprestigiar las opiniones de los círculos políticos á que pertenecen, no alcanzarían jamás un resultado tan favorable á su intencion como el que les obtiene su conducta política plagada de infinitas contradicciones, de desprecio á los principios sociales y del egoísmo infinito que les agita en provecho de sus propios intereses. ¡Es tan miserable el hombre y su conducta ofrece tantos puntos vulnerables, principalmente cuando se deja arrastrar por la exaltacion de pasiones que le precipita por caminos que ni ha visitado ni conoce! Esta leccion que en Bogotá dieron á los Estados americanos los que se decian *redentores de los pueblos y columnas de sus libertades*, contribuirá á disipar las ilusiones con que para tantos se presentan esos nombres que en la Nueva Granada fueron equivalentes á tiranos y demagogos que echaron por tierra las leyes, impusieron contribuciones á los pueblos y dispusieron de la

fortuna de los ciudadanos. Hoy, cuando incesantemente se repite que debemos juzgar de todo por los hechos, estas lecciones no deben olvidar los pueblos que desean constituir la república que les dé felicidad y libertad.



## CAPÍTULO XIV

Mirada retrospectiva. — El poder escalado. — Programas liberales. — ¿Qué entienden algunos hombres públicos por libertad é igualdad? — Consecuencias de la exageracion de principios que proclamaba el gobierno. — *¡Los retozos de la democracia!* — Memorias de un general. — Desorganizacion moral. — Desorganizacion social. — ¿Qué hicieron los rojos de la autoridad? — ¿Qué de la república?

Un hecho tan grave como el que representa á la autoridad suprema de una república democrática asumiendo la dictadura y haciendo pesar sobre los pueblos el azote mas terrible que pudiera mortificarles, supone en los hombres que lo consumaron falta de convencimiento y de fe en los principios que proclamaban. Frecuentemente se ha dicho que de la licencia al despotismo no hay mas que un solo paso, y en vista del suceso á que hemos aludido, bien podríamos añadir que la licencia lleva en sí misma el despotismo. La historia de la Nueva Granada, en las páginas que contienen los sucesos de la administracion de Lopez y de su sucesor Obando, ofrece una demostracion mas de esta verdad, despues de tantas como presentan las crónicas de los pueblos del Viejo y del